Yendo a visitar al hombre de las cloacas

Turritos era un joven de veintitantos años que vivía en un pequeño apartamento en las afueras de una ciudad caótica y vibrante. Su vida estaba marcada por una monotonía casi insoportable: días enteros tirado en un sofá desvencijado, hojeando revistas viejas que encontraba en los basureros cercanos o que le regalaban los vecinos por lástima. No tenía trabajo, ni estudios, ni ambiciones claras; su existencia parecía flotar en un limbo de indolencia. Fue en una de esas tardes eternas, mientras pasaba las páginas de una revista sensacionalista llena de titulares exagerados, cuando sus ojos se toparon con un anuncio peculiar: "Sé amigo por correspondencia de un preso famoso. Escribe a Tootsie, el asesino en serie más enigmático de nuestra era. ¡Vive la emoción desde la seguridad de tu hogar!". Había una dirección postal y una advertencia en letras pequeñas que decía que el intercambio sería monitoreado por las autoridades penitenciarias.

Turritos, intrigado por la palabra "enigmático" y sin nada mejor que hacer, tomó un lápiz mordisqueado y una hoja arrugada de un cuaderno viejo. Escribió una carta breve, casi torpe: "Hola, Tootsie. Me llamo Turritos. No sé qué decirte, pero me aburro mucho y pensé que podrías contarme algo interesante. ¿Cómo es tu vida ahí dentro?". La envió sin grandes expectativas, más por curiosidad que por verdadera motivación. Pasaron semanas sin respuesta, y Turritos casi olvidó el asunto, hasta que un día, al abrir su buzón oxidado, encontró un sobre gris con una caligrafía desgarbada y un sello penitenciario.

La carta de Tootsie era breve pero magnética. Hablaba con un tono que oscilaba entre la melancolía y un humor negro afilado, describiendo su rutina en la prisión de máxima seguridad: las paredes grises, el eco de los gritos lejanos, el sabor insípido de la comida. Terminaba con una pregunta: "¿Qué harías tú, Turritos, si tuvieras todo el tiempo del mundo y ningún lugar adonde ir?". Aquella frase golpeó a Turritos como un relámpago. Respondió al día siguiente, y así comenzó un intercambio que, con el tiempo, se transformó en una amistad inesperada. Tootsie era un narrador nato, y sus cartas estaban llenas de historias crípticas sobre su pasado, siempre evitando detalles incriminatorios pero dejando caer migajas de misterio que mantenían a Turritos al borde de la fascinación. Según él mismo se justificaba, no era la violencia lo que lo atraía, sino el aura de lo desconocido que envolvía a aquel hombre.

Un día, tras meses de correspondencia, llegó una carta diferente. Tootsie escribió con una urgencia contenida: "Turritos, necesito que hagas algo por mí. En la casa donde crecí, en la favela de Santa Rosa, dejé algo importante. No te diré qué es aún, pero lo necesito. Está escondido donde residen los sentimientos. Por favor, no me falles". La petición era extraña, incluso perturbadora, pero Turritos, temeroso de romper el vínculo que había construido, sintió que no podía negarse. Sin embargo, no estaba dispuesto a ir solo. Pensó inmediatamente en el Monadrian, un amigo de la infancia con quien apenas hablaba ya, pero que tenía fama de ser valiente y un poco temerario. Lo encontró en un bar de mala muerte, bebiendo una cerveza tibia bajo una luz parpadeante. Turritos le explicó todo: las cartas, Tootsie, el favor. El Monadrian, un hombre corpulento con cicatrices en las manos y una mirada desconfiada, lo interrumpió varias veces. "¿Estás loco? ¿Ir a buscar algo para un asesino? ¿Y si es una trampa?". Turritos insistió, apelando a su vieja amistad y a la promesa de una aventura que rompiera la monotonía. Tras una discusión que subió de tono y atrajo las miradas de los pocos parroquianos, el Monadrian cedió, más por aburrimiento que por convicción. "Pero si nos metemos en problemas, te juro que te dejo ahí", gruñó.

La favela de Santa Rosa era un laberinto de callejones estrechos, casas improvisadas de madera y lámina, y un aire cargado de humedad y desesperanza. La dirección que Tootsie había dado era imprecisa: "Calle del Olvido, detrás del poste torcido". Caminaron durante horas, preguntando a regañadientes a los locales, que los miraban con recelo. Finalmente, encontraron la choza: una estructura pequeña y desvencijada, con paredes agrietadas y un tejado que parecía a punto de

derrumbarse. Al cruzar el umbral, un hedor nauseabundo los golpeó como una bofetada. Era un olor a podredumbre, dulzón y sofocante, que impregnaba cada rincón. Turritos tapó su nariz con la manga, mientras el Monadrian maldecía en voz baja.

Exploraron la casa con cautela, tropezando con muebles rotos y latas oxidadas. Encontraron la habitación de Tootsie al fondo: una puerta astillada con un dibujo infantil garabateado en tiza. Al abrirla, el espectáculo los dejó helados. Colgado de una viga, balanceándose ligeramente por la brisa que se colaba por las rendijas, estaba un cadáver en avanzado estado de descomposición. Llevaba orejas de lobo falsas, pegadas torpemente a la cabeza, y un collar de perro con una medalla que decía “Moscarin”. El Monadrian retrocedió, pero Turritos, con una mezcla de horror y fascinación, se acercó. Recordó las palabras de Tootsie: “Donde residen los sentimientos”.

Sacó un cuchillo de mantequilla que había metido en su bolsillo por si acaso, un utensilio ridículo para la situación, y se volvió hacia el Monadrian. “Tenemos que abrirlo. Ahí está lo que busca”. El Monadrian lo miró como si hubiera perdido la cabeza. “¿Abrirlo? ¿Estás enfermo?”. Turritos negó con la cabeza. “Yo no puedo, no es kosher tocar algo así. Tú hazlo”. Tras una pausa tensa, el Monadrian, murmurando maldiciones, tomó el cuchillo y comenzó a cortar. El sonido era húmedo y grotesco, y el olor se intensificó hasta volverse insoportable. Extrajo los órganos uno por uno, arrojándolos al suelo con asco, hasta que llegó al corazón. Lo levantó, y Turritos lo tomó con manos temblorosas. Al abrirlo con cuidado, encontró dentro un objeto pequeño: un tazo de Piolín, el personaje de caricatura, brillante y fuera de lugar entre tanta sordidez.

Salieron de la choza a trompicones, con el corazón latiéndoles en los oídos, y regresaron al apartamento de Turritos sin intercambiar palabra. Esa noche, Turritos escribió una carta febril a Tootsie: “Lo encontramos. El tazo. Estaba en el corazón de Moscarin, como dijiste. ¿Qué significa esto?”. Dos días después, llegó la respuesta. La letra de Tootsie temblaba ligeramente, como si hubiera escrito con prisa: “Gracias, Turritos. Ahora llévalo al hombre de las cloacas. Vive en el desagüe principal bajo el puente de la Avenida Negra. Él sabrá qué hacer”.

Turritos y el Monadrian se miraron en silencio al leer aquello. El misterio se volvía más denso, más peligroso. ¿Quién era el hombre de las cloacas? ¿Qué valor podía tener un simple tazo para alguien como Tootsie? La ciudad, con sus sombras y sus secretos, parecía cerrarse sobre ellos, y aunque el miedo comenzaba a carcomerlos, algo los empujaba a seguir adelante: la promesa de desentrañar el enigma que Tootsie había tejido a su alrededor. Prepararon una linterna, una cuerda y lo poco que tenían de valor, dispuestos a descender al submundo de las cloacas, donde los esperaba una figura tan esquiva como el propio asesino que los había arrastrado a esa locura.

El viaje al desagüe bajo el puente de la Avenida Negra fue una odisea en sí misma. Turritos y el Monadrian avanzaron por las calles nocturnas de la ciudad, iluminadas apenas por farolas parpadeantes y el resplandor de los escaparates cerrados. El aire estaba cargado de una humedad pegajosa, y el sonido de los perros callejeros ladrando a lo lejos les ponía los nervios de punta. Llevaban consigo el tazo de Piolín, guardado en un bolsillo del pantalón de Turritos, y el cuchillo de mantequilla, que el Monadrian insistía en cargar como si fuera una especie de talismán inútil. Las instrucciones de Tootsie habían sido claras pero perturbadoras: encontrar al hombre de las cloacas, sacrificar a un “cristiano” y arrojarlo a las aguas negras para invocarlo. Ninguno de los dos estaba seguro de qué significaba exactamente “cristiano” en ese contexto, pero asumieron que cualquier persona serviría.

Cuando llegaron al desagüe, el hedor los golpeó como un martillo. Era una mezcla abrumadora de excremento humano y un aroma artificial floral que recordaba al limpiador Fabuloso, como si alguien hubiera intentado en vano enmascarar la podredumbre. La entrada al desagüe era una boca de cemento cubierta de musgo y grafitis desvaídos, y las aguas negras fluían lentamente, emitiendo

un gorgoteo nauseabundo. Mientras observaban el lugar, buscando alguna señal del misterioso hombre de las cloacas, sus ojos se posaron en la única figura presente: un vagabundo recostado sobre un colchón viejo decorado con imágenes desteñidas de My Little Pony. Estaba envuelto en una manta raída, pero, curiosamente, no olía mal. De hecho, desprendía un aroma a jabón y lavanda, algo que chocaba violentamente con el entorno.

Turritos y el Monadrian intercambiaron una mirada y, sin mediar muchas palabras, urdieron un plan improvisado. Se acercaron al vagabundo tomados de la mano, adoptando un aire solemne y fingiendo ser mormones en una misión evangelizadora. “Buenas noches, hermano”, dijo Turritos con una voz temblorosa que intentaba sonar piadosa. “¿Ya ha recibido la palabra del Señor?”. El vagabundo, que se presentó como “Limpias” con una sonrisa desdentada, levantó la cabeza y pareció dispuesto a responder. Pero antes de que pudiera articular palabra, el Monadrian, con un movimiento rápido y torpe, sacó el cuchillo de mantequilla y lo deslizó por el cuello de Limpias. La hoja, diseñada para untar y no para cortar, hizo un trabajo desastroso, pero tras unos segundos de forcejeo, el vagabundo cayó inmóvil. “Requiescat in pace”, murmuró el Monadrian, citando algo que había oído en un videojuego, mientras la sangre manchaba el colchón de ponis rosados.

Arrastraron el cuerpo hasta el borde del desagüe y lo arrojaron a las aguas negras. El chapoteo resonó en el silencio de la noche, y Turritos, mirando el cadáver hundirse, sintió una punzada de duda. “¿Y si Tootsie solo nos está troleando? ¿Y si todo esto son puras mamadas?”, susurró al Monadrian, quien se limitó a encogerse de hombros. Pero no tuvieron tiempo de debatirlo. Apenas el cuerpo tocó el fondo, un trueno estalló en el cielo despejado, un sonido grotesco que parecía una mezcla entre una flatulencia monstruosa y el rugido de un motor descompuesto. El suelo tembló ligeramente, y frente a ellos, un montículo de heces humanas comenzó a brillar con una luz blanca y cegadora, como el destello de una máquina de soldar.

De aquella luz emergió una figura. Primero unas manos huesudas y llenas de costras, luego unos brazos largos y desgarbados, y finalmente un cuerpo encorvado y repulsivo. Era el hombre de las cloacas, una criatura que desafiaba toda lógica. Su piel era una mezcla de mugre endurecida y grasa, sus ojos eran pozos oscuros que parecían absorber la luz, y su boca estaba torcida en una mueca permanente. Despedía un olor a manteca de cerdo rancia que hizo que Turritos y el Monadrian se taparan la nariz, luchando contra las náuseas. La bestia, sin inmutarse, arrancó un pedazo de excremento del montículo, lo moldeó entre sus dedos como si fuera tabaco y lo encendió con un fósforo invisible. Dio una calada profunda y exhaló un humo fétido antes de hablar. “A ver, imbéciles, ¿quién de ustedes me llamó? ¿No ven que estaba a punto de terminar mi novela?”, gruñó con una voz grave y rasposa.

Ninguno se atrevió a responder de inmediato. La criatura continuó, gesticulando con movimientos exagerados que hacían temblar la grasa de sus brazos. “¿Qué no tienen respeto? ¿Qué quieren, estúpidos?”. Turritos, con la voz apenas audible, musitó: “Venimos de parte de Tootsie”. Al mismo tiempo, lanzó el tazo de Piolín hacia la bestia. El Monadrian, en un acto impulsivo y absurdo, se arrancó los calzoncillos por debajo del pantalón y los arrojó también, gritando: “¡Ofrenda de paz! ¡No queremos dañarte!”. Los calzoncillos aterrizaron con un sonido húmedo a los pies del hombre de las cloacas, quien los miró con desprecio.

“¿Chabalo imbécil, para qué haces eso?”, rugió la criatura. Luego, su tono cambió, volviéndose casi nostálgico. “¿Los mandó Tootsie? Mi dulce ‘gotita de miel’. Debió terminar en la cárcel después de tantos asesinatos satánicos. Era un alma tan pura antes de perderse”. Y así comenzó un monólogo interminable. Habló de los viejos tiempos con Tootsie, de cómo solían cazar ratas juntos en las cloacas, de cómo el asesino tenía un talento especial para lo macabro. Turritos y el Monadrian, abrumados y aburridos, apenas escuchaban. El Monadrian incluso sacó su Game Boy Advance del

bolsillo y comenzó a juguetear con los botones, hasta que la bestia, como si saliera de un trance, los interrumpió.

Con un pedo estruendoso que hizo temblar el aire, el hombre de las cloacas dijo: “Deseo concedido”. Un trueno más fuerte resonó, los perros de la ciudad aullaron al unísono, y el cielo se oscureció como si una sombra lo hubiera tragado. Turritos y el Monadrian, sin entender qué había pasado, asumieron que su misión estaba completa. Exhaustos y desconcertados, decidieron volver a casa, pero no sin antes detenerse en la tiendita de la esquina. Compraron sopas Maruchan de camarón y un par de refrescos de cola, como si esas pequeñas comodidades pudieran borrar lo que habían vivido.

En el apartamento de Turritos, se sentaron frente al televisor con sus sopas humeantes, viendo un episodio repetido de Dragon Ball Z. Ninguno mencionó lo sucedido; era demasiado extraño, demasiado perturbador. Pasaron el día fingiendo normalidad, jugando videojuegos y evitando mirarse a los ojos. Cuando cayó la noche, el Monadrian decidió irse a su casa, alegando cansancio. Ya en su habitación, mientras se cepillaba los dientes y veía las noticias nocturnas en un pequeño televisor portátil, un titular lo hizo escupir la pasta dental: “Motín en la cárcel local. 150 reos escapan, incluido el infame asesino serial Tootsie”. Con el corazón en la garganta, tomó su celular y marcó al número de Turritos, un viejo teléfono con carcasa de Hello Kitty. Sonó y sonó, pero nadie contestó.

Mientras tanto, Turritos estaba sumido en un baño caliente, intentando relajarse. La bañera estaba llena de espuma, y él sostenía una copa de vino espumoso barato en una mano y un cigarrillo en la otra. El vapor llenaba la habitación, pero su mente estaba atrapada en un torbellino. “¿Qué hemos hecho?”, se repetía una y otra vez, incapaz de encontrar paz. Finalmente, salió del baño envuelto en su bata esponjosa, con el cabello húmedo pegado a la frente. Entró en su habitación y se detuvo en seco. Allí, sentado en su cama con el uniforme naranja de la prisión, estaba Tootsie. Su rostro era pálido, con ojeras profundas y una sonrisa torcida que dejaba ver unos dientes amarillentos. Sus ojos brillaban con una locura desquiciada.

Turritos, petrificado, dejó caer la bata al suelo, revelando un traje de baño a rayas que nunca se quitaba, una excentricidad heredada de su abuelo irlandés, quien decía que un hombre debía estar siempre listo para nadar o pelear. “¿Quieres jugar un poco de parchís o que matemos a toda la ciudad, mi querido Turritos?”, dijo Tootsie, su voz oscilando entre la burla y la amenaza. Sus ojos se abrieron aún más, como si estuvieran a punto de salirse de sus cuencas. Turritos, abrumado por el miedo y la incredulidad, sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Sus rodillas cedieron, y cayó desmayado, mientras la risa de Tootsie resonaba en la habitación como un eco de pesadilla.

Turritos despertó con un sobresalto, el corazón latiéndole como tambor en el pecho. La habitación estaba oscura, salvo por el tenue resplandor de la luna que se colaba por las rendijas de la persiana. Por un momento, pensó que todo había sido una pesadilla: el hombre de las cloacas, el sacrificio de Limpias, la aparición de Tootsie en su cama. Se incorporó lentamente, frotándose los ojos, y notó que estaba tirado en el suelo, aún con su traje de baño puesto y la bata hecha un montón a su lado. Pero algo no encajaba. El aire estaba demasiado quieto, y un leve zumbido, casi imperceptible, llenaba el silencio.

Se puso de pie con dificultad, tambaleándose hacia la cama, esperando encontrar a Tootsie todavía allí, con esa mirada de loco y su uniforme naranja. Pero la cama estaba vacía. No había rastro del asesino, ni una arruga en las sábanas que sugiriera que alguien había estado sentado. Confundido, Turritos revisó la habitación: el vino espumoso seguía en la mesa de noche, el cigarrillo apagado en el cenicero, pero nada más. “¿Fue un sueño?”, murmuró para sí mismo, aunque el terror que aún le corría por las venas decía lo contrario.

Entonces, el zumbido se intensificó. Provenía de la ventana. Turritos se acercó con cautela y apartó la persiana. Lo que vio lo dejó helado. Afuera, el cielo no era el de siempre. Estaba teñido de un rojo profundo, como si la ciudad entera estuviera bañada en sangre, y en el horizonte flotaban formas extrañas, siluetas retorcidas que no parecían humanas ni animales. La calle abajo estaba desierta, pero había algo en el aire, un murmullo lejano que sonaba como risas mezcladas con llantos. Turritos retrocedió, tropezando con sus propios pies, y corrió hacia el teléfono para llamar al Monadrian. Pero al levantar el auricular del celular de Hello Kitty, solo escuchó estática, seguida de una voz distorsionada que repetía: “Deseo concedido… deseo concedido…”.

Un golpe seco en la puerta lo hizo saltar. “¿Monadrian?”, gritó, esperando que su amigo hubiera venido a buscarlo tras la noticia del motín. Pero al abrir la puerta, no había nadie. Solo un sobre gris idéntico a los que Tootsie le enviaba desde la cárcel, colocado cuidadosamente en el umbral. Con manos temblorosas, lo abrió. Dentro había una sola hoja con una frase escrita en la caligrafía desgarbada del asesino: “Gracias por liberarme, Turritos. El hombre de las cloacas cumplió su parte. Ahora, el mundo es nuestro lienzo”.

Un trueno sacudió el edificio, y las luces parpadearon antes de apagarse por completo. Turritos corrió a la ventana otra vez, y esta vez vio algo que le arrancó un grito ahogado. La ciudad estaba cambiando. Los edificios se retorcían como si estuvieran hechos de arcilla, las calles se abrían en grietas que escupían un vapor fétido, y figuras grotescas emergían de las sombras: criaturas con cuerpos deformes, algunas con orejas de lobo falsas y collares de perro, otras con rostros que parecían fundirse como cera. En el centro de todo, flotando sobre el caos, estaba Tootsie. No llevaba el uniforme de preso, sino una túnica negra que ondeaba como si tuviera vida propia. Sus ojos brillaban con un fulgor antinatural, y en su mano sostenía el tazo de Piolín, ahora enorme y girando como un portal brillante.

Turritos cayó de rodillas, incapaz de procesar lo que veía. El “deseo concedido” del hombre de las cloacas no había sido solo la liberación de Tootsie de la cárcel, sino algo mucho más grande, más oscuro. El asesino había usado a Turritos y al Monadrian como peones en un ritual que desató su verdadero poder, un poder que ahora estaba rehaciendo la realidad a su antojo. La ciudad, el mundo entero, se convertía en un reflejo de la mente retorcida de Tootsie, y Turritos, sin saberlo, había sido el catalizador.

De repente, la puerta se abrió de golpe, y el Monadrian irrumpió en la habitación, con el rostro pálido y el Game Boy Advance aún en la mano. “¡Turritos, qué carajos está pasando!”, gritó, pero antes de que pudiera decir más, el suelo bajo sus pies se agrietó y una mano huesuda lo arrastró hacia abajo. Turritos intentó alcanzarlo, pero fue demasiado tarde. El grito del Monadrian se desvaneció en un eco mientras la habitación comenzaba a derrumbarse.

En medio del caos, Turritos sintió una risa burbujeando en su garganta, una risa que no era suya. Era la risa de Tootsie, resonando en su cabeza. “¿No querías una aventura, amigo?”, susurró la voz del asesino, ahora dentro de él. Turritos se miró las manos y vio que estaban cambiando, volviéndose largas y huesudas como las del hombre de las cloacas. El tazo de Piolín apareció en su palma, brillando con una luz cegadora.

El final no fue una batalla ni una redención. Turritos no escapó ni derrotó al mal. En lugar de eso, se convirtió en parte de él. La ciudad, ahora un lienzo de pesadilla, se expandió bajo el mandato de Tootsie, con Turritos a su lado, ya no como un joven ocioso, sino como un eco de la locura que había ayudado a desatar. El mundo entero se transformó en un juego macabro, y en algún lugar, entre las ruinas, el sonido de un trueno flatulento marcó el nacimiento de una nueva era.